



CAMILLA
LÄCKBERG

HENRIK
FEXEUS

LA
SECTA

SOLO TÚ PUEDES DESCIFRAR SU JUEGO

CAMILLA LÄCKBERG
Y HENRIK FEXEUS

LA SECTA

Traducción de Claudia Conde

PRIMERA SEMANA

Fredrik comprueba como por centésima vez que la bolsa de plástico no deja ver su contenido. No quiere revelar la sorpresa antes de tiempo. El sol del verano le abrasa la cara. Deben de estar por lo menos a veintinueve grados en la calle. Pese al calor decide ir andando desde la oficina en Skanstull hasta la escuela infantil de Ossian, cerca de Zinkensdamm. Es miércoles, pero ha salido del trabajo un poco antes de lo habitual. Nadie mantiene horarios fijos con ese calor. De hecho, la mayoría de sus colegas ya deben de estar sentados en alguna terraza, a la sombra, con una cerveza fría en la mano.

Aunque puede cubrir la distancia en unos veinte minutos, no habría sido mala idea llevar agua para el camino. Se ha quitado la americana y se ha remangado la camisa, que ya se le empieza a pegar en la espalda por el sudor. No importa. Hoy todo es exactamente como debe ser.

Vuelve a mirar la bolsa. La caja de Lego Technic es tan grande que casi sobresale hasta llegar a las asas. Es un set para construir un McLaren Senna GTR. La afición de Ossian por los coches es un misterio, sobre todo teniendo en cuenta que tanto Fredrik como Josefin cultivan una indiferencia casi militante hacia el mundo del motor. Pero el entusiasmo por la construcción con piezas de Lego es compartido por padre e hijo.

Según indica la caja, es un set para mayores de diez años y Ossian solo tiene cinco, pero Fredrik está convencido de que su hijo podrá montarlo sin problemas. Es muy listo. «Más que su papá»,

piensa Fredrik sin poder contener la risa bajo el sol abrasador. Así es. El genio de su padre le acaba de comprar un regalo que lo mantendrá ocupado durante horas dentro de casa, en uno de los días más esplendorosos del verano. Bueno, qué se le va a hacer. Seguramente mañana también hará buen tiempo.

Además, Ossian ya ha pasado el día entero al aire libre. Lo necesita. No aguanta estar encerrado en casa, a menos que esté jugando con sus piezas de Lego. Se sube por las paredes. Josefin comenta a veces que quizá sería conveniente que lo viera un especialista. Tal vez más adelante. De momento el nivel de actividad de Ossian es positivo, sobre todo en comparación con muchos de los niños de su clase, que con cinco años se lanzan sobre los iPhones de sus padres a la salida del colegio. Es muy triste.

A pocos metros de la escuela infantil de Backen, Fredrik consulta el reloj. Pese al calor, ha caminado tan rápido que ha llegado demasiado pronto. Es probable que los niños no hayan regresado todavía del parque de Skinnarvik.

—*Ey, sexy lady...* —canturrea Fredrik mientras sube la cuesta hasta la escuela.

Últimamente *Gangnam Style* es la canción favorita de Ossian. «¡Qué le vamos a hacer!», piensa Fredrik sonriendo. Incluso ha ensayado la coreografía con su hijo.

En lo alto de la cuesta hay un parque grande con juegos infantiles y una zona arbolada, que para Ossian es todo un bosque. Le encanta jugar en la espesura.

—*Oppa Gangnam Style...* —canta Fredrik, y los niños, que apenas le llegan a las rodillas, levantan la vista desconcertados antes de volver a sus juegos.

Visten chalecos amarillos con logos de diferentes colegios. Varias escuelas infantiles llevan a los niños a jugar a ese parque. Gritos y risas saturan el aire. Será mejor dejar la caja de Lego para otra ocasión. La tarde parece hecha expresamente para jugar al escondite entre los árboles. Fredrik no tiene prisa por regresar a casa, ya que Josefin ha prometido preparar la cena.

Mira a su alrededor y ve a Tom, uno de los educadores de la escuela infantil de Backen.

—¡Hola! —saluda sonriendo al maestro, muy ocupado sonándole los mocos a uno de sus chiquillos.

—*Opp, opp, opp, opp* —responde Tom alegremente entonando la conocida melodía—. Adivina quién ha elegido hoy la música para el paseo.

—Te lo advertí. Antes de que acabe la semana tendréis a los treinta niños bailando el *Gangnam Style*. Por cierto, ¿sabes por dónde anda el genio de la danza? No lo veo...

Tom termina de limpiarle la nariz a su alumno y se queda pensando unos segundos.

—Mira a ver en los columpios —sugiere—. Le gusta quedarse por allí.

Claro que sí. Cuando Ossian rebaja un poco el nivel de actividad le encanta columpiarse. O, mejor dicho, sentarse en un columpio. Es su refugio, el sitio perfecto para reflexionar sobre cosas trascendentes sin que nadie lo moleste.

Fredrik echa a andar hacia los columpios. Algunos están ocupados, pero no por Ossian. Caminando en su misma dirección va Felicia, una de las niñas del grupo de los mayores, y aprieta el paso para alcanzarla.

—Hola, Felicia. ¿Has visto a Ossian?

—Antes sí. Ahora no.

Fredrik frunce el ceño. Una leve sensación de que algo no cuadra comienza a abrirse paso en su mente. Sabe que es una reacción irracional, característica del radar sobreprotector que suelen tener padres y madres. Es una alarma interior que se dispara a la menor señal de peligro, sin pruebas objetivas de que exista un riesgo real. Puede que haya sido una buena estrategia de supervivencia en la sabana ancestral, pero en el mundo actual está totalmente injustificada. Fredrik lo sabe de manera racional, pero eso no le sirve de nada. La sensación le produce una incómoda molestia en el cuello, un aliento frío en la nuca. La caja enorme de Lego, que hasta hace un momento lo llenaba de

entusiasmo, ahora es una molestia que le impide regresar tan rápido como querría al lugar donde está Tom.

—Tampoco está en los columpios —le dice cuando llega.

—¡Qué raro! —Tom consulta una lista con los nombres de los niños—. Debería estar... Ah, no, ¡espera! Jenya ha vuelto ya a la escuela con el grupo de los pequeños. Ossian debe de haberla acompañado para ir al lavabo y después se habrá quedado. Lo siento. Jenya tendría que haberme dicho que se lo llevaba. Pero ya sabes cómo son estas cosas.

Sí, Fredrik lo sabe. La sensación de peligro desaparece y ya puede respirar aliviado. Tanto Tom como Jenya son buenos profesionales, pero los niños tienen voluntad propia y una habilidad increíble para estar donde no deben. Se compadece un poco de Tom porque nota que está muy avergonzado. Pero con los niños pequeños uno no puede bajar nunca la guardia. Cualquiera otro padre le habría montado un escándalo por mucho menos.

—Claro —responde—. Que pases un buen fin de semana, Tom. Hasta el lunes. *Oppa, oppa...*

Fredrik baja la cuesta a paso rápido, de regreso a la escuela. La puerta está abierta. Entra en el vestíbulo, donde se alinean los colgadores con los nombres de los niños y las cajas con ropa extra. El colgador de Ossian está vacío, pero eso no quiere decir nada. Si ha vuelto al colegio para ir al lavabo, lo más probable es que su cazadora se haya quedado tirada en el suelo del baño. Fredrik se arrepiente de habérsela puesto en un día tan caluroso. El pobre niño debe de haber pasado mucho calor.

Fredrik no se molesta en quitarse los zapatos para internarse por las instalaciones.

—¿Ossian? —lo llama golpeando la puerta del primero de los dos lavabos—. ¿Estás ahí?

Por el pasillo se acerca Jenya. A sus espaldas se adivina una algarabía de niños de dos años que intentan pintarse las caras unos a otros con pintura de dedos entre gritos de risa y horror a partes iguales.

—Hola, Fredrik —saluda—. ¿Os habéis dejado algo? Ossian está en el parque con Tom.

La sensación de alarma regresa y lo embiste con una fuerza que está a punto de derribarlo. Ya no es un aliento frío en la nuca, sino un puñetazo directo al estómago.

—No está en el parque —responde—. Vengo de allí. Tom me ha dicho que debía de estar contigo.

—No, aquí no está. ¿Has mirado en los columpios?

—Claro que he mirado. Y tampoco estaba. Mierda.

Gira sobre los talones y vuelve a salir a toda prisa. Ya ha pasado alguna vez que un niño se ha escapado de la escuela. Felicia, por ejemplo. Consiguió hacer todo el trayecto hasta su casa antes de que los maestros se dieran cuenta de que se había ido. Sus padres deben de padecer dolor de estómago desde entonces. Fredrik se pregunta si será posible habituarse alguna vez a esa sensación. Es espantosa.

Sube la cuesta corriendo. La jodida caja de Lego le va golpeando las piernas. Hay niños por todas partes. Busca desesperadamente a su hijo entre ellos, mientras intenta calmarse. No va a ganar nada con un ataque de pánico. Pero ninguno de esos niños es Ossian.

Ninguno es su hijo.

Tom pone cara de asombro cuando ve que Fredrik ha vuelto, y parece comprender de inmediato la situación.

—Tiene que estar aquí —dice Fredrik mientras suelta la bolsa para moverse con más agilidad por el parque.

Tom pregunta al grupo de niños más cercano si alguien ha visto a Ossian. ¿No estará escondido en las casitas de madera? Fredrik corre hacia esa parte del parque, aunque de lejos ya ve que las casitas están vacías. ¿Dónde más puede haberse metido? ¿Entre los árboles? ¿Solo? Si ha sido así, alguien tiene que haberlo visto.

Felicia.

Ha dicho que lo había visto antes.

Fredrik corre otra vez en dirección a Tom y el resto de los

niños. La tensión le oprime la garganta y el sudor le baja por la frente y la espalda. Felicia está con los demás, construyendo una torre de arena con un cubo. Como si no hubiera pasado nada fuera de lo corriente. Como si el mundo no estuviera a punto de derrumbarse.

—Felicia —le dice Fredrik esforzándose por no parecer tan fuera de sí como sabe que está—. Has dicho que antes habías visto a Ossian. ¿Dónde?

—Cuando estaba hablando con esa señora tonta —responde la niña, sin levantar la vista de la arena.

—Esa señora tonta... —repite Fredrik, sintiendo que las mucosas de la garganta se le convierten en papel de lija—. ¿Cómo era esa señora? ¿Era muy mayor?

Felicia niega decididamente con la cabeza, al tiempo que nivela la torre de arena con una pala.

—No, no mucho —responde—. Como mi mamá. Mi mamá tiene treinta y cinco años. Lo sé porque hace poco fue su cumpleaños.

Fredrik traga saliva. Alguien ha estado en el parque y ha hablado con su hijo, alguien que no era una maestra ni una madre. Una desconocida. Se agacha al lado de Felicia, reprimiendo el impulso de sacudirla para extraerle toda la información.

—¿Sabes quién era? —le pregunta, haciendo un gran esfuerzo para no gritar—. ¿Y por qué dices que era tonta?

Felicia levanta la vista desde su torre de arena, con lágrimas en los ojos. Fredrik tiene que dar un paso atrás para no perder el equilibrio. Lo ve en la mirada de la niña. Sabe enseguida lo que ha pasado. Lo que nunca debe pasar. Lo que no puede pasar.

—A mí me daban igual sus cochecitos de juguete —dice Felicia—. A Ossian le gustaban. A mí no. Pero yo también quería ir a acariciar a los cachorritos. Nos ha dicho que los tenía en el coche, pero no me ha dejado ir con ellos a verlos. Ha dicho que solo podía llevar a Ossian. Y se han marchado los dos.

Un agujero negro se abre en el pecho de Fredrik, que se precipita sin remedio en el abismo.

Mina se detuvo delante de la entrada y examinó el local. No había mucha gente en el gimnasio por la tarde. Mejor así. Además, los pocos que quedaban eran mayores. Los adolescentes, las chicas del *crossfit* y los tipos musculosos ya se habían ido. A las tres de la tarde de un día laborable los usuarios más maduros son los reyes del gimnasio, por lo menos durante una hora. Mina se alegraba, porque sabía que esos usuarios limpian con más cuidado los restos de sudor de los aparatos, tanto al llegar como al marcharse. Aun así no se fiaba. En el bolsillo de la sudadera llevaba siempre guantes desechables, dos aerosoles pequeños de desinfectante, bayetas de microfibra y una bolsa reutilizable para guardarlas después de haberlas usado.

Su programa de entrenamiento para el día indicaba ejercicios de piernas y torso. Tras ponerse los guantes se dirigió a una de las máquinas para las piernas y comenzó a rociar concienzudamente los diferentes elementos con un aerosol. Había visto que algunas personas aplicaban el desinfectante solo en las asas o, peor aún, en el sillín, como si la suciedad y las bacterias de los otros usuarios no fueran a extenderse por el resto del aparato. No podía entender que la gente pudiera ser tan descuidada.

Dobló la bayeta, la introdujo en la bolsa reutilizable y sacó una nueva. Entrar en el gimnasio era internarse en un potencial foco de infección. Por eso le resultaba imposible acudir al de la jefatura. Allí conocía a los usuarios y sabía que eran unos cochinos. En este al menos la mierda era anónima.

Le habría gustado entrenar con la mascarilla puesta, teniendo en cuenta los gérmenes que flotarían en el aire del interior del gimnasio. Había oído decir que a los levantadores de pesas a menudo se les escapaba alguna ventosidad, y desde entonces le resultaba difícil respirar pensando en las bacterias fecales que debían de circular por el sistema de ventilación. Pero con la mascarilla puesta llamaría todavía más la atención y no tenía ninguna necesidad de hacerse notar. Por otro lado, quizá podría conseguir una máscara de entrenamiento, de las que se usan para ejercitar la musculatura respiratoria.

—¿Vas a usar la máquina o solo la vas a limpiar? Si has terminado ya, déjamela a mí.

Sobresaltada, Mina levantó la vista del respaldo que estaba desinfectando. Un hombre de unos setenta años, de pelo blanco y gafas de cristales redondos, la miraba con expresión interrogativa. Vestía una camiseta roja, pero no una prenda transpirable especialmente diseñada para el entrenamiento, sino una camiseta de algodón normal y corriente, con una gran mancha oscura de sudor en el pecho. Mina se incorporó.

—¿Sabía usted que es muy antihigiénico hacer ejercicio con ese tipo de prendas de algodón? —dijo—. Se empapan de sudor, que después se queda en los aparatos. No debería estar permitido entrenar con esa ropa.

El hombre la fulminó con la mirada y enseguida negó con la cabeza y se marchó. Era evidente que no la consideraba digna de su atención, pero a ella no le importaba. Dio unas pasadas más con la bayeta y a continuación la guardó junto con los guantes en la bolsa reutilizable. Se sentó en el aparato y ajustó las pesas. El hombre de la camiseta roja estaba en el banco de musculación, de espaldas a ella. Como era previsible, también tenía por detrás una gran mancha de sudor. Mina arrugó la nariz. Si era preciso elegir entre caerle bien a la gente o estar sana, tenía clara su decisión. Los demás se podían guardar tanto su simpatía como sus bacterias.

Estaba acostumbrada a que todos la consideraran un bicho

raro. No necesitaba a nadie en su vida. Toda la historia de conectar con las otras personas era un mito tan grande como el de las almas gemelas, el amor verdadero y todos esos conceptos irreales que vendía Hollywood, con el resultado de que la gente normal acababa deprimida y angustiada. Incluso había estudios que así lo confirmaban. Había leído que la gente valoraba peor su relación sentimental y a su pareja después de ver una comedia romántica, ya que ninguna relación podía resistir la comparación con el ideal del supuesto amor eterno.

Hacía tiempo que Mina no experimentaba ninguna conexión verdadera con nadie. Antes tampoco la había sentido, a decir verdad, a excepción del breve periodo junto a su hija. El hombre con el que había convivido en otro tiempo no despertaba en ella ningún sentimiento positivo. No, no había vivido nunca ninguna unión verdadera con nadie.

Salvo...

Con él.

El mentalista.

Pero había pasado mucho tiempo.

En Facebook había visto publicidad del nuevo espectáculo de Vincent y por un momento se había planteado comprar entradas. Pero descartó la idea. No sabía cuál sería su reacción al verlo en el escenario. ¿Y si él no la reconocía entre el público?

¿Y si la reconocía?

Frunció el ceño. Era mejor mantener la distancia. Por seguridad. Vincent ni siquiera había vuelto a llamarla. Y ella entendía por qué. Para empezar, tenía una familia. No le habría extrañado que su mujer desconfiara, preguntándose qué había pasado entre ellos casi dos años atrás. Vincent le había dicho que Maria ya era de por sí muy celosa. Y los sucesos de la isla debían de haber agravado aún más su desconfianza. Mina y Vincent habían estado al borde de la muerte juntos. Era probable que su mujer la odiara desde entonces. La culpa no había sido suya, pero, después de todo, ella era policía.

Además, Vincent y ella habían compartido algo que no se

podía explicar. La experiencia vivida en la isla los había unido todavía más.

Pero justo ese vínculo había sido un obstáculo para mantener el contacto. Se habían acercado demasiado, física y emocionalmente. Más de lo que ella podía soportar. Era mejor respetar la distancia. Cuando Mina estaba sola, dentro de su castillo amurallado, se sentía segura. Era probable que Vincent sintiera lo mismo.

Pero aun así...